

Primera edición, mayo de 2021  
© Pilar Salamanca  
© del prólogo, Javier Dámaso  
© de esta edición Editorial Páramo, 2021

Editorial Páramo - [www.editorialparamo.com](http://www.editorialparamo.com)  
[comunicacion@editorialparamo.com](mailto:comunicacion@editorialparamo.com)  
Valladolid, España  
Edición y diseño: Javier Campelo Bermejo

ISBN: 978-84-122927-5-6  
Depósito Legal: VA 368-2021  
Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

# MATEЯ

Pilar Salamanca



Editorial  
PARAMO

## ESTO VA DE OTRA COSA

*Javier Dámaso*

La poesía de Pilar Salamanca es siempre certera, aguda como un dardo. Cada uno de sus libros de poemas descansa sobre sus propios basamentos, tiene una voz singular, nunca idéntica a los otros. *Quasida* (1998), sobre la experiencia vital y familiar de la Palestina ocupada. *Días de lengua roja* (2014), un delicado y hermoso homenaje al castellano de herencia árabe. *Ayer no te vi en Sarajevo* (2017), sobre el cerco de Sarajevo, el terrible asedio al que se sometió a la ciudad entre 1992 y 1996, una absurda y cruel tragedia europea de fin del siglo XX. Y ahora, *Mater*, un texto personalísimo y desgarrador.

La cuestión sobre la relación entre vida y poesía ha sido y es un debate eterno. *Mater* aparece como un ajuste de cuentas íntimo. En la estela de libros como *El padre* de Sharon Olds, aunque con un tono y un estilo que en nada se le asemejan. La primera parte lleva por título *Ella*. “Esto va de otra cosa”, dice ya un verso en el primer poema. Un ajuste de cuentas que se desarrolla a través de una poesía que sigue siendo certera, que desde el comienzo prepara para la intensidad que va a sobrevenir: “Y es entonces cuando te resignas”, dice el segundo de los poemas, como un aviso o premonición de lo que está por llegar. De este modo, los poemas

van anticipando pequeñas advertencias, anuncios de lo que vendrá, hasta que el acceso a la infancia permite mostrar ya la trampa del recuerdo.

Si la poesía es revelación, una iluminación profana, los poemas nombran lo innombrable: “sobreviviré a ti y a tus recuerdos”, dice en un momento. Hay una introspección en la experiencia y en los sentimientos... una memoria de acontecimientos que hablan y van descubriendo lazos, secretos compartidos, recuerdos, lo no dicho... y lo dicho. El lenguaje poético como palabra creadora, la necesidad de nombrar para que lo que aconteció exista, no se borre... Es cierto que los sucesos y las relaciones se dieron, pero si no se nombran, permanecen en el silencio, como si no hubieran existido. Lo que no se dice no es, no fue nunca, desaparece.

Hay un tormento que se expresa en palabras rotundas, cortantes, pesadas, duras, afiladas como cuchillos: “pánico”, “malvada grieta”, “angustia”, “miedo”, “infinito dolor”, “aguja”, “palabras locas”, “suicidarte”, “tiembla”, “mátame”, “hundirme”, “inmisericordia”, “truenos”, “caza”, “quebraron”, “lancera”, “celos”, “golpe”, “cansancio verde”, “me apalearas”, “rabia”, “balbucear”, “perdonar”, “ira”, “gritos”, “carne chamuscada”, “cuchi-

llas”, “culpa”, “silencio”, “muerta”, “silencio”, “dogal”, “voces”, “pasos”, “látigo”, “grito”, “carne rota”, “brutal madre”, “veneno”, “precipicio”, “fracturas”, “desprecio”, “palabras envenenadas”, “rutas de sangre”, “tierra inhabitable”... Un reguero de palabras que denotan sentido. Ni siquiera es necesario reproducir las frases para comprender las cargas de profundidad que se descubren.

La pérdida no remedia nada, pero no hay nostalgia. Los poemas recorren tiempos y memoria, un recuerdo terrible, una opción vital por seguir un camino propio:

*En su vuelo trashumante,  
el ángel que cruzó aquel día aquella sala  
medio atada, medio libre  
me dejó.*

La segunda parte lleva por título *Él*. Hay un tono más descriptivo, menos visceral, más sereno, incluso desde la convicción y la determinación de las diferencias. Una mirada de la familia “institucional”, como aquello que decía don Federico Engels, de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Y los poemas se llenan de imágenes... La figura del toro y el torero, la estampa del colector, el sinsentido del

modo de proceder, la vida como un libro amargo, la imagen del jardín y las cenizas, los naipes, la palabra “esclavo”, el oasis, el acantilado, el espíritu de la casa, León como refugio... Imágenes que pueblan los versos, como decía, imágenes descarnadas, frías, que terminan en un dolor sin ira, construyendo un discurso. Una salida definitiva, con la sorpresa de la duda, con los ojos ya abiertos, consciente del juego de poder, el drama de “el salto”, como si no pasase nada, pero en la seguridad de no asumir ninguna culpa imputada y la opción por la libertad doblemente reiterada, la distancia del recuerdo, la memoria del aislamiento, y un final de reafirmación personal y la serenidad de haber dejado todo nombrado, dicho, desvelado... “Fue”, se puede nombrar, cabe sacarlo del interior, desprenderse de ello, para vivir en paz.

Finalizo volviendo al comienzo... La poesía de este crudo libro como revelación, como iluminación profana, como mirada que muestra el mundo, como palabra que alumbrá. Es así como este *Mater* de Pilar Salamanca nos deja constancia de nuestra propia vida, de los fantasmas que acostumbramos a no mirar a los ojos, pero que es preciso nombrar para conjurarlos.

No te inquietes. Esto va de otra cosa,  
de los detalles imperceptibles,  
de los  
actores vencidos,  
las voces lejanas,  
el silencio de los animales,  
de tu  
furia  
que bebe del humeante vaso  
mientras llueve dentro de la habitación  
y tú  
te vas alejando  
hacia  
la otra orilla.

Piensa conmigo:  
afuera llueve despiadadamente  
y aquí dentro está a punto de llover.

La Mujer del Tiempo anuncia  
que la lluvia seguirá impertérrita  
el resto de la semana. Tú

observas distraída su caer.  
Es una que empapa tu cabello  
Empapa tu cabello

y no puede dejar de caer  
ni mas abajo.  
ni más hondo.

Y es entonces cuando te resignas.  
Lunes. Ocho de la mañana.  
Ha empezado la cuarentena.



La tierra empinada  
es pura escarpa  
y la malvada grieta abre su boca  
a punto de engullirte.

Lo mismo ocurre por aquí.  
Tú dices que no estas para nadie  
Y un pánico hereje  
atraviesa tu lenguaje

pero no  
te lamentas.

¿Por qué esta angustia?  
esta imposibilidad de respirar...  
puede que sea solo hambre,  
el miedo o simplemente terror.

No debería haber roto aquella fotografía  
No debería haber bostezado  
No debería haber sonreído  
¿Quién sabe?

Toda la vida construyendo  
mi historia,  
algo aceptable, *spotless*  
(hasta descubrir el encanto de las tijeras,  
la inmensa utilidad de las cerillas).

¿De que iba aquello de la adolescencia?  
Aquel miedo,  
aquel frotarse, sacudirse y agitarse  
contra la bragueta de algún desconocido  
con acné.]  
No recuerdo nada y bien que lo siento.

Pero ahora estoy mucho mejor. Voy saliendo.  
He conseguido sobrevivirte a ti y a tus  
recuerdos,]  
a diarios, cartas y despedidas

amantes, ligues y reconquistas  
y puedo decir por fin  
que soy sólo  
la que soy.

Algo tremendamente certero  
Se estrelló contra mi cerebro:  
los años, las palabras que se dijeron entonces  
y una mano aferrada a mi cabello.

¿Sabes?,  
el dolor era infinito,  
no necesito recordarlo,  
porque está desde siempre ahí  
infinito, afilado, radical,

como una aguja hipodérmica  
clavada  
en el brazo del cielo  
¿recuerdas a *la Pulcra Leonina*?  
¿recuerdas los poemas que escribió este dolor  
a golpes,  
sobre mi piel a golpes  
y que no se borrará  
ya nunca?

Dime,  
¿lo recuerdas?

Venga, hablemos de la infancia,  
de lo que verdaderamente significa  
y no de lo que hay en tu cabeza.

El mito de la infancia  
florece salvajemente  
no porque

satisfaga las necesidades de los niños  
sino las tuyas,  
las tuyas apenas.

¿Quién entonces gana?  
¿Quién es el que pierde?  
¿Quién, maldita sea, te comprende?

Es alguien que tenía entre sus manos  
mi tierno corazón de anguila  
y se fugó luego,

se echó al hombro el hatillo de mis sueños,  
los fue desperdigando paso a paso  
y me dejó  
para no volver.